

Espacios de resistencia y movilización social. Interacciones insurgentes en Plaza Dignidad de Santiago, Chile*

Spaces of resistance and social mobilization. Insurgent interaction in *Plaza de la Dignidad*, in Santiago, Chile

[Artículos de investigación]

Nicolás Orellana Águila**

Recibido: 26 de marzo del 2021

Aceptado: 10 de mayo del 2021

Citar como:

Orellana, N. (2022). Espacios de resistencia y movilización social. Interacciones insurgentes en Plaza Dignidad de Santiago, Chile. *Campos en Ciencias Sociales*, 10(2). <https://doi.org/10.15332/25006681.7938>



Resumen

El 18 de octubre del 2019 marcó un punto de inflexión en las múltiples dimensiones de la movilización social en Chile, entre las cuales destaca la relevancia material y simbólica de la ahora llamada *Plaza de la Dignidad*. En el presente artículo se examina la significación de las dinámicas socioespaciales producidas en torno a dicha plaza, así como las relaciones entre las “interacciones insurgentes” y la producción de espacios de resistencia. Desde un enfoque etnográfico, a través de observación y participación directa en las movilizaciones, indago respecto a las múltiples interacciones que se desplegaron

* Este artículo es producto de las investigaciones: postdoctorado Fondecyt N.º 3210149: “Vida cotidiana, acción colectiva, y organización local. Lo comunitario, lo espacial y lo político en las asambleas autoconvocadas en Chile” (2021-2024); postdoctorado Instituto de Asuntos Públicos, Universidad de Chile: “De lo social a lo político. Las asambleas barriales y el proceso constituyente en Chile” (2020-2021); y el proyecto Fondo Institucional de Investigación y Creación (FIIC) N° 2018-02-01, Universidad Academia de Humanismo Cristiano: “Activistas cotidianos. Performatividades militantes desde un enfoque de movilidad” (2019-2020).

** Doctor en Ciencias Políticas y Sociales por la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica. Profesor de la Escuela de Sociología y Trabajo Social, Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Investigador posdoctoral Fondecyt n.º 3210149, INAP-UChile. Correo electrónico: nicolas.orellana@uacademia.cl, nicolasorellana@iap.uchile.cl; ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9002-4502>

en los alrededores de esta plaza en el contexto de movilización. El argumento es que la movilización despliega una sociabilidad específica que se revela como espacio de resistencia, que se produce y reproduce continuamente durante la movilización. Los hallazgos sugieren que las dimensiones interactivas de reciprocidad —defensa colectiva—, solidaridad —brigadistas— y complementariedad —todas las líneas de la “primera línea”—, como prácticas materiales y simbólicas, producen espacios de resistencia. Esta producción de espacios de resistencia desafía las narrativas dominantes de la ciudad neoliberal.

Palabras clave: ciudad neoliberal, espacios de resistencia, etnografía, interacciones insurgentes, Plaza de la Dignidad.

Abstract

October 18, 2019 marked a turning point in the multiple dimensions of social mobilization in Chile, among which. The material and symbolic relevance of the now called *Plaza de la Dignidad* stands out. This article examines the significance of the socio-spatial dynamics produced around said square, as well as the relationships between “insurgent interactions” and the production of spaces of resistance. From an ethnographic approach, through observation and direct participation in the mobilizations, I inquire into the multiple interactions that unfolded around this square in the context of mobilization. The argument is that the mobilization displays a specific sociability that reveals itself as a space of resistance, which is continuously produced and reproduced during the mobilization. The findings suggest that the interactive dimensions of reciprocity —collective defense—, solidarity —brigade members— and complementarity —all the lines of the “frontline—, as material and symbolic practices, produce spaces of resistance. The production of spaces of resistance challenges the dominant narratives of the neoliberal city.

Keywords: neoliberal city, spaces of resistance, ethnography, insurgent interactions, *Plaza de la Dignidad*.

Introducción

El presente artículo tiene por objetivo comprender la significación de las dinámicas socioespaciales producidas en torno a la hoy denominada Plaza de la Dignidad de Santiago, Chile, en el marco de la revuelta iniciada en octubre de 2019; una revuelta social generalizada en contra de los abusos cotidianos de una sociedad política y económica por décadas deslegitimada. Específicamente, se indaga respecto a las relaciones entre las “interacciones insurgentes” y la producción de un espacio de resistencia devenido cotidiano, a partir de una descripción etnográfica de las múltiples interacciones entre diversos actores que

se articulan alrededor de un espacio neurálgico y simbólicamente significativo como lo es la renombrada Plaza de la Dignidad (ex Plaza Italia), en el marco de una movilización devenida permanente. A través del concepto de ciudadanía y espacio público insurgente (Holston, 2009; Hou, 2010; Lebuhn, 2019) y de producción social de espacios de resistencia (Hou y Knierben, 2017; Lefebvre, 2013[1974]; Magaña, 2016; Martínez, 2014, 2013; Nicolosi, 2020; Oslender, 2002), se indaga en las múltiples interacciones que se comenzaron a desplegar de modo cotidiano entre distintos actores en los entornos de Plaza de la Dignidad, en el contexto de movilización.

El argumento de este artículo es que la acción contestataria despliega una socialidad específica que se revela como un espacio de resistencia (contra-espacio) (Colodro, 2014; Lefebvre, 2013[1974]; Magaña, 2016; Oslender, 2002). Este espacio, altamente performativo y ritual (Orellana, 2020), se produce y reproduce continuamente a través de manifestaciones que se tornan cotidianas, y cuyas dimensiones de reciprocidad —defensa colectiva—, complementariedad —todas las líneas de la “primera línea”— y solidaridad —brigadistas, DD. HH., entre otros— producen espacios diferenciales (Lefebvre, 2013[1974]; Martínez, 2014).

Siguiendo los planteamientos de Dzenovska y Arenas (2012), las prácticas materiales son relevantes en la constitución de sujetos políticos colectivos, pues producen socialidades específicas con potencial transformador, y la acción contestataria, en particular la acción encapuchada, implica materialidades que simbolizan “una crítica más amplia de las formas y prácticas políticas modernas de gobernar” (Dzenovska y Arenas, 2012, p. 648). En este sentido, en este artículo las prácticas de reciprocidad, complementariedad y solidaridad adquieren relevancia, pues producen un espacio diferencial de resistencia, a la vez que lo trascienden simbólicamente, cuestionando las narrativas dominantes de la ciudad neoliberal (Carrasco, 2020; Hidalgo, 2014; Rodríguez y Rodríguez, 2012; Vargas, 2020). Estas prácticas cuestionan, además, las narrativas dominantes que veían las barricadas y la acción encapuchada como fenómenos marginales, y como actos sin sentido de provocadores y violentistas ajenos a las manifestaciones (Kerfoot, 2015; Medel y Somma, 2016; Ramos, 2014; Somma, 2017).

Específicamente, este artículo tiene un enfoque etnográfico (Delgado, 2003; Geertz, 2003[1973]; Restrepo, 2018; Verd y Lozares, 2016). La recolección de datos la realicé principalmente mediante la observación participante de las múltiples manifestaciones, y también mediante entrevistas en profundidad e innumerables conversaciones informales en torno a la Plaza de la Dignidad en el

marco de las protestas, en tres fases, desde octubre de 2019 hasta enero de 2021. Esto me permitió tener múltiples puntos de entrada que me permitieron adentrarme en las prácticas situadas de las y los manifestantes en torno a la plaza, para desentrañar las significaciones de esas prácticas y la espacialización de esas sociabilidades insurgentes. A partir de esto, describo tres experiencias significativas que dan cuenta de la producción de sociabilidades insurgentes y de la producción de un espacio social de resistencia que, aunque momentáneo y efímero, adquiere relevancia simbólicamente significativa para las y los manifestantes, así como para el conjunto de la sociedad.

Así, este artículo está estructurado de la siguiente manera. En lo que sigue, desarrollo conceptualmente los términos más relevantes: ciudadanía insurgente y producción —social, diferencial— de espacios de resistencia; y luego describo el enfoque, el modo de producción de información y el contexto de recogida de datos, para proceder a relatar tres experiencias significativas de diferentes momentos de la revuelta en torno a la Plaza de la Dignidad y analizar cómo ellas dan cuenta de estas formas de producción de un espacio de resistencia con dimensiones de reciprocidad, complementariedad y solidaridad.

Marco conceptual

La reflexión en torno a las ciudades, la vida urbana y el espacio se ha abordado en diversos trabajos y orientaciones de investigación. Desde la definición mínima de Wirth (1938), que comprende tamaño, densidad y heterogeneidad; la consigna hoy profusamente difundida del derecho a la ciudad y a la vida urbana de Lefebvre (1968); lo urbano como concentración espacial y como sistema de cultura urbana (Castells, 1974[1972]); o la tensión propia de estos espacios, de Braudel (1984 [1979]); lo cierto es que el espacio urbano, y la vida urbana, han sido preocupaciones permanentes de las ciencias sociales y humanas.

En términos más amplios, hablar de ciudad implica necesariamente hablar, pensar, describir y comprender lo urbano en términos de espacio. El referente inexcusable, cuyas contribuciones para reflexionar estos términos son significativas, es Henri Lefebvre (Martínez, 2013, 2014). Dentro del conjunto de sus trabajos que reflexionan al respecto, su obra *La producción del espacio* (Lefebvre, 2013[1974]) se torna en un punto nodal para comprender la cuestión del espacio y la producción de espacios de resistencia, diferenciales y contra-espacios para la emergencia de una ciudadanía insurgente.

Lefebvre cuestiona la contemplación tradicional del espacio como un “medio vacío, un receptáculo indiferente al contenido, pero definido según ciertos criterios no expresados: absoluto, óptico-geométrico, euclidiano-cartesiano-newtoniano” (Lefebvre, 2013[1974], p. 53). Este espacio absoluto tiene existencia independiente de las percepciones y los contenidos, y permite establecer un sistema de coordenadas para ubicar y medir las distancias de los puntos en su interior. Es el ámbito donde las cosas están, y que se pueden describir, comparar, medir (Guzmán, 2007). Ante la idea de una transparencia del espacio, Lefebvre responde que en realidad el espacio oculta las relaciones de poder que lo producen, lo dominan y lo abstraen. Para Lefebvre, el espacio es un producto social, producto de relaciones sociales —de producción, de reproducción, simbólicas—. Cada sociedad produce su propio espacio, y el espacio es tanto un soporte de las relaciones sociales como un campo de acción de las mismas.

Si el espacio se produce, el análisis se orienta, por tanto, al espacio como totalidad, a develar cómo se produce el espacio. Lefebvre propone una teoría unitaria del espacio, que se basa en una tríada de conceptos: la práctica espacial —o espacio percibido—, las representaciones del espacio —o espacio concebido— y los espacios de representación —o espacios vividos—. Esta tríada opera de modo relacional o dialéctico, donde cada momento actúa de modo diferencial en la producción del espacio. Sus relaciones son tensas, complejas e inestables.

En las sociedades neocapitalistas domina la representación del espacio concebido, asociada al conocimiento científico y a la ideología, que fragmenta el espacio imponiendo un orden basado en conocimientos, códigos y signos en donde el valor de cambio predomina. Pero los espacios vividos, vinculados al lado subterráneo y clandestino de la vida social (Lefebvre, 2013[1974], p. 92), los espacios de los habitantes y usuarios, no se someten a los códigos que las representaciones del espacio intentan imponer, y es allí donde emergen los lugares de la acción y de revuelta sobre los espacios concebidos y percibidos. El valor de uso por sobre el valor de cambio.

Lefebvre traza, además, las múltiples dicotomías, tensiones y relaciones que producen espacios. Si los espacios concebidos, fragmentados y abstractos tienden a dominar en las formaciones sociales neocapitalistas, produciendo un espacio abstracto —mercantil— que aspira a la homogeneización limitando la creatividad y convivialidad (Nicolosi, 2020), los espacios vividos, que “permiten capturar la complejidad de la experiencia” (Soja, 2010[1999], p. 192), exponen las contradicciones y diferencias, y tienen el potencial de subvertir esa abstracción y

dominación. Los espacios vividos son los espacios del habitar, que se fundamentan en el valor de uso, en los simbolismos, en “la capacidad de los usuarios-ciudadanos para crear un espacio diferencial” (Martínez, 2014, p. 9).

Ahora bien, los espacios diferenciales, heterogéneos, complejos, basados en el habitar, en la cotidianidad y los valores de uso, son potencialmente contra-espacios, es decir, espacios de la acción y la revuelta, “proyectos espaciales producidos a través de la imaginación política y la práctica de movimientos sociales como una alternativa a los espacios creados por el sistema dominante” (Magaña, 2016, p. 218). Estos contra-espacios son procesos continuos, están en oposición a las relaciones de poder que intenta imponer el espacio dominante — abstracto—, pero no existen completamente fuera de ese espacio. Si el espacio dominante nunca es total, la contestación es continua y nunca completa (Magaña, 2016).

Describir las sociabilidades, contingentes, efímeras e informales (Delgado, 2004) que emergen en esos espacios diferenciales —o contra-espacios— es el objetivo del presente artículo. Así, la Plaza de la Dignidad se constituye en el contra-espacio por excelencia de la revuelta de octubre en Chile. Es allí donde todos los días, durante más de tres meses y luego todos los viernes —exceptuando el parón producto de los confinamientos—, las manifestaciones devinieron cotidianas, y la ocupación del espacio implicó una apropiación del mismo, en el sentido de ocuparlo y resignificarlo a través de dicha ocupación permanente. La Plaza de la Dignidad devino, pues, en el espacio en que, haciendo alusión a la consigna más extendida de la revuelta, la dignidad se hizo costumbre.

Pensar en contra-espacios, o espacios de resistencia, y pensar la Plaza de la Dignidad como el espacio más significativo de este tipo desde la revuelta de octubre en Chile, implica adentrarse en las múltiples dimensiones, relaciones e interacciones que se dan en él. En este marco, adquiere sentido pensar esas sociabilidades desde la perspectiva de una ciudadanía insurgente (Holston, 2009) y un espacio público insurgente y de resistencia (Hou, 2010; Hou y Knierbein, 2017). El primer concepto hace hincapié en las dimensiones socioespaciales y en las prácticas cotidianas de movimientos sociales en el espacio urbano (Lebuhn, 2019).

Para Holston (2009), son los residentes de las periferias quienes organizan movimientos de ciudadanía insurgente “para enfrentar los arraigados regímenes de desigualdad ciudadana que los centros urbanos usan para segregarlos” (p. 245). Si las ciudades han sido los lugares donde la ciudadanía se expande, la

urbanización periférica ha creado ciudades con ciudadanos marginados de ciudadanía. Si bien las ciudadanías insurgentes pueden ocupar la plaza central, para Holston (2009) es en las periferias que emergen y se manifiestan ciudadanos urbanos que se organizan para expandir las ciudadanías democráticas. El centro representa las jerarquías y segregaciones que los insurgentes desafían con formulaciones alternativas de ciudadanía, por lo que no es la plaza cívica donde los pobres urbanos articulan sus demandas; es, más bien, “en el terreno de la vida cotidiana y doméstica tomando forma en las periferias urbanas remotas en torno a la construcción de la residencia” (Holston, 2009, p. 246).

Es en las periferias donde los desposeídos desarrollan, principalmente mediante autoconstrucción, la ciudadanía insurgente, por medio de prácticas y luchas cotidianas por el derecho a residir dignamente. Estas ciudadanías pueden eventualmente salir de las periferias y copar la plaza cívica central, y es allí, en la plaza cívica central (Plaza de la Dignidad), que las y los marginados, excluidas y excluidos del sistema capitalista en Chile, ocuparon de modo permanente, produciendo un contra-espacio, y en el que se desplegaron interacciones de carácter insurgente.

Por otro lado, la noción de espacio público insurgente pone el acento en las instancias, esporádicas o devenidas cotidianas, que se crean por comunidades predominantemente marginadas, que “han proporcionado nuevas expresiones de los ámbitos colectivos en la ciudad contemporánea [...] estos espacios públicos insurgentes desafían la noción convencional, codificada, de lo público y de la creación de espacio” (Hou, 2010, p. 2). Se trata de resistencias urbanas que desafían, apropiándose, reclamando y pluralizando, los entendimientos y las prácticas convencionales del espacio público en una era de contracción democrática (Hou y Knierbein, 2017). Estos entendimientos y prácticas convencionales del espacio público han sido ocupados en el despliegue y legitimación de un poder político y militar, y también en espacios de protesta y disidencia. Con todo, el espacio público es excluyente, expresión de poder y de control político. Y es ese espacio —abstracto, dominante— el que, a través de la ocupación y la reapropiación por parte de ciudadanas y ciudadanos insurgentes, devino central para este despliegue de ciudadanías e interacciones insurgentes. Espacio y resistencia, entonces, interactúan y se impactan mutuamente (Oslender, 2002), apropiándose de los espacios —institucionales y no— como forma de lucha.

Los conceptos de espacio diferencial —o contra-espacio—, de ciudadanía y de espacio público insurgente tienen una capacidad analítica relevante para los

propósitos de este artículo. Sin embargo, siguen situándose a nivel abstracto. Si nos centramos en los microespacios de las interacciones, podemos observar cómo esa ciudadanía insurgente y esos espacios diferenciales se despliegan en las prácticas y acciones de las personas y grupos involucrados en las manifestaciones. Los relatos de experiencias en torno a la Plaza de la Dignidad más abajo desarrollados tienen el propósito de observar ese despliegue de interacciones insurgentes.

Marco metodológico

El material empírico producido para esta investigación se basó en un enfoque etnográfico, que buscó develar las estructuras de significación de las prácticas situadas de los actores (Geertz, 2003[1973]; Restrepo, 2018). El enfoque etnográfico se basa en el “estar ahí”, donde quien investiga observa al tiempo que participa de las prácticas sociales y culturales. Es a través de dicho compromiso intersubjetivo (Clifford, 2003[1988]), que esas prácticas, que en un principio pueden parecer aleatorias, inconexas o azarosas, se pueden leer, comprender y traducir para hacerlas inteligibles (Verd y Lozares, 2016).

En el presente artículo me basé en lo que Delgado (2003) llama una antropología de las calles. Esta perspectiva etnográfica indica que, más que centrarse en estructuras estables u ordenes solidificados, es necesario un registro de las formas de sociabilidad hiperactiva de las calles, reconociendo dramas, transacciones e interacciones casi espontáneas y efímeras, atendiendo a ese “puro acontecer que traspasa y constituye los espacios públicos” (Delgado, 2003, p. 9).

De este modo, en las calles y el espacio público se devela una estructura social rugosa, en permanente construcción, donde prima la dimensión dinámica de coexistencia fluida, más que la dimensión estática de lo clausurado. Esa estructura se conforma de situaciones donde los participantes definen vínculos a medida que las interacciones se despliegan, entre posiciones estructurales que están poco claras y en permanente movimiento, con normas, reglas y patrones “constantemente negociados y adaptados a contingencias situacionales de muy diverso tipo” (Delgado, 2003, p. 13).

Ahora bien, se debe tener en cuenta que una antropología de las calles describe, es decir, elabora afirmaciones que remiten a una experiencia (Delgado, 2003; Restrepo, 2018; Verd y Lozares, 2016). Se trata de una descripción que tiene valor propio, que está abierta a los sentidos, y que no responde a prescripciones de un discurso pretendidamente científico. Son descripciones que aspiran a “mostrar

cómo acontecimientos particulares y acontecimientos únicos, un encuentro aquí, un desarrollo allí, se pueden entrelazar con una serie de hechos y un abanico de interpretaciones” (Geertz, 1996, p. 13).

En suma, una antropología de las calles se torna, según Delgado (2003), en una etnografía radical que pone en relieve el “papel del ojo, del oído y de la piel en la labor del antropólogo” (p. 33), para conocer de manera adecuada qué es lo que está sucediendo continuamente en la vida de las calles, y transmitirlo del modo más riguroso posible.

En cuanto a la presente investigación, el trabajo de campo lo realicé en tres fases: (1) entre el 19 de octubre y el 20 de diciembre de 2019; (2) entre el 18 de enero y el 13 de marzo de 2020; y (3) entre el 11 de septiembre y el 29 de enero de 2021.

En la primera etapa participé como un manifestante más, yendo a Plaza de la Dignidad de dos a tres veces a la semana —en espacial los miércoles y los viernes—. Las primeras semanas de la revuelta fueron muy festivas y había miles de personas que copaban todos los días los alrededores de la plaza, pero rápidamente fue notorio que las fuerzas policiales estaban descontroladas. Las violaciones sistemáticas a los derechos humanos, entre vejaciones sexuales, mutilaciones, asesinatos y una violencia continua y excesiva dan cuenta de ello¹, por lo que fue necesario comenzar a protegerse, con casco, antiparras, mascarilla, entre otros elementos. De modo ilustrativo, esta primera fase de trabajo de campo la tuve que terminar abruptamente porque en ese marco, la noche del 20 de diciembre, fui víctima directa de la violencia policial, lo que me impidió seguir participando de los eventos cotidianos en torno a Plaza de la Dignidad.

La segunda fase de trabajo de campo comenzó en época estival, por lo que, si bien había movilizaciones todos los días, estas disminuyeron en cantidad de personas. No obstante, en marzo, particularmente desde el lunes 8 del año 2020, se vio una retoma en la masividad de las movilizaciones. Esto duró hasta el viernes 13, semana donde Plaza de la Dignidad se vio nuevamente copada. Sin embargo, la crisis sanitaria producto del covid-19 hizo que las movilizaciones en Plaza de la Dignidad se detuvieran. En ese contexto, comencé a participar de las manifestaciones como defensor de derechos humanos, en el marco de la Comisión de Derechos Humanos de una asamblea en la cual participábamos en ese entonces. Participar como defensor hizo que mi visión, mi observación y mi

¹ Al respecto, se pueden ver los informes de Human Rights Watch, ONU, Amnistía Internacional, así como de la Comisión Chilena de Derechos Humanos y del Instituto Nacional de Derechos Humanos.

participación fueran complementarias a mi visión, observación y participación como manifestante.

Finalmente, la tercera fase de trabajo de campo comenzó con los desconfinamientos en septiembre de 2020. La primera gran manifestación fue la del viernes 11 de septiembre, aunque todos los viernes, y a veces durante la semana, se producían manifestaciones relativamente masivas. Quizás la mayor diferencia entre las manifestaciones posconfinamiento con las anteriores es que desde septiembre, salvo en dos ocasiones —el aniversario de la revuelta el domingo 18 de octubre, y la jornada del plebiscito el domingo 25 de octubre—, la gran mayoría de quienes se manifestaban eran principalmente la llamada “primera línea”. Hasta el 13 de marzo de 2020 —previo a los confinamientos—, la “primera línea” era sostenida por miles de manifestantes que impedían que las fuerzas policiales fueran aún más violentas. Luego de los desconfinamientos, la masividad se fue perdiendo y, aparte de la “primera línea” y algunos manifestantes, asistíamos brigadas de salud, defensores de derechos humanos y prensa. Hubo veces en que había más fuerzas policiales que manifestantes.

Resultados: relatos y experiencias desde la Plaza de la Dignidad

En esta sección relato tres experiencias en torno a Plaza de la Dignidad que dan cuenta de los modos en que ese espacio se tornó un espacio de resistencia —contra-espacio—. Me centro en tres dimensiones de esas experiencias, que se despliegan como interacciones insurgentes: reciprocidad o defensa colectiva, solidaridad de agrupaciones, y complementariedad o todas las líneas de la “primera línea”, que dan cuenta de cómo esos espacios pueden entenderse como diferenciales. Luego discuto cómo estas interacciones, insurgentes, producen y reproducen espacios de resistencia.

Reciprocidad o defensa colectiva. Los manifestantes y la “primera línea”

El 18 de octubre de 2019 marcó un punto de inflexión histórico en Chile. Esa tarde, luego de manifestaciones estudiantiles que fueron incrementándose durante la semana, todo Santiago estalló en lo que se conoce como La Revuelta de Octubre. Inicialmente concentrada en torno a las estaciones del metro, rápidamente las manifestaciones, espontáneas y masivas, además de extenderse por todo el territorio, fueron derivando en Santiago en torno a la hoy llamada

Plaza de la Dignidad. A solo una semana del inicio de la revuelta, 1.2 millones de personas, según cifras del propio gobierno, se manifestaron copando la plaza central de la ciudad. Durante los meses siguientes, prácticamente todos los días, a veces hasta dos veces al día, se reunían en la plaza miles de personas a manifestarse por los más diversos motivos, aunque las consignas transversales que primaban eran “Hasta que la dignidad se haga costumbre” y “No son 30 pesos, son 30 años”.

Como en toda manifestación en Chile y como parte constitutiva de ella, se desplegaba también la acción encapuchada, en un enfrentamiento violento con las fuerzas policiales. Esta se caracteriza por una performatividad altamente simbólica, que comunica sentidos contestatarios al conjunto de manifestantes (Orellana, 2020). En las semanas y meses que prosiguieron a la revuelta de octubre, la acción encapuchada adquirió una centralidad nunca antes vista. Se le comenzó a llamar “primera línea”, en referencia a que era la primera línea de defensa en contra de la represión policial que, si bien siempre ha sido intensa, desde el 18 de octubre adquirió un carácter extremadamente violento. Las violaciones a los derechos humanos por parte de ellas fueron, y siguen siendo, sistemáticas y brutales. En ese marco, los enfrentamientos entre esas fuerzas represoras y la “primera línea” fueron constantes.

Durante los primeros meses de la revuelta, dichos enfrentamientos, si bien eran móviles, se centraban en cuatro puntos: Alameda con Ramón Corvalán, Vicuña Mackenna con Carabineros de Chile, Alameda frente a la Plaza de Carabineros de Chile, y Portugal con calle Carabineros de Chile. Estos puntos formaban una suerte de barrera de contención entre las y los manifestantes y la base de operaciones de las fuerzas policiales, que se sitúa a lo largo de la calle Carabineros de Chile, una callejuela paralela, al sur de la Alameda, desde Vicuña Mackenna hacia el poniente hasta Avenida Portugal. En dicha callejuela, las fuerzas policiales tienen su iglesia, guardan los carros lanzaagua y carros lanzagases en unos estacionamientos subterráneos y, en la plaza que lleva su nombre, erigen un inmenso monumento, un “11” que hace alusión a su compromiso con la dictadura cívico-militar que gobernó a Chile entre 1973-1990. Esta callejuela, junto con ser estratégica, es también simbólica para dicha institución. Desde allí salían a reprimir con los carros, con bombas lacrimógenas y con escopetas antidisturbios, entre otros elementos fabricados, pensados y usados, más que para mantener el orden, para causar daño, y eventualmente la muerte de las y los manifestantes.

La “primera línea” se conforma de mujeres y hombres encapuchados. Si en las manifestaciones esporádicas antes del 18-O ellas y ellos solo ocasionalmente superaban la cincuentena, para las manifestaciones tornadas cotidianas durante los primeros meses de la revuelta, los había por miles. Su masividad y determinación en poner sus cuerpos frente a la represión hizo posible que las y los manifestantes que no participaban de la acción encapuchada pudiesen, al menos durante algunas horas, copar el espacio alrededor de Plaza de la Dignidad, transitar por la Alameda, y apropiarse de un espacio relativamente seguro. La “primera línea” cercaba las principales vías de acceso de la represión y, si bien no las impedían totalmente, al menos entorpecían las arremetidas policiales. Por otro lado, las y los manifestantes, gracias a la masividad con la que copaban la Plaza de la Dignidad durante los primeros meses de revuelta, permitían, o al menos facilitaban, la propia existencia de la “primera línea”. Porque mientras la Plaza de la Dignidad estuviera repleta de manifestantes, el enfrentamiento entre las fuerzas represoras y la “primera línea” se desarrollaba en los márgenes de la protesta. Pero cuando caía la noche, y la mayoría de los manifestantes se había retirado, la represión se desataba, y las fuerzas policiales se volvían incontrolables.

En este sentido, mientras la “primera línea” resistía la violencia policial con sus cuerpos y su determinación, y en ese mismo movimiento permitía una relativa tranquilidad para que las y los manifestantes coparan por horas, todos los días, la Plaza de la Dignidad, la masividad de participantes también permitía la permanencia y persistencia de la “primera línea”, en una reciprocidad en la que ambas partes se reforzaban.

Un momento significativo de esta reciprocidad fue el viernes 13 de diciembre de 2019. Esa tarde se organizó un concierto en el que dos famosos grupos musicales —Los Bunkers e Inti Illimani— tocaron sobre un camión en Plaza de la Dignidad. La convocatoria fue más masiva que otras jornadas, y, consecuentemente, en la “primera línea” también participaron más personas que lo usual. Esa tarde, en uno de los puntos de enfrentamiento —Ramón Corvalán con Alameda—, había tantos “primera línea” que ocuparon toda la primera cuadra hacia el sur, llegando hasta Carabineros de Chile, juntándose con el otro punto de enfrentamiento que venía desde Vicuña Mackenna por calle Carabineros de Chile (ver figura 1). Las fuerzas policiales no pudieron salir de esa esquina, pues la masividad los “empujaba” por su callejuela hacia el poniente. Esa tarde los enfrentamientos se extendieron hasta mucho más tarde que otros días, y las fuerzas policiales solo pudieron arremeter contra los manifestantes una vez que la mayoría se había retirado. Mientras hubiese “primera línea”, los manifestantes podían estar relativamente tranquilos;

mientras hubiese manifestantes, la “primera línea” podía resistir, era una complementariedad positiva entre ambos.



Figura 1. Viernes 13 de noviembre. Mientras en Plaza de la Dignidad tocaban los Bunkers e Inti-Illimani, en la esquina de Ramón Corvalán y Carabineros de Chile se enfrentaban fuerzas policiales con la “primera línea”. Aquí se puede observar el chorro del carro lanzaaguas, mientras de vuelta se ven las piedras volando

Fuente: elaboración propia, 13 de diciembre de 2019.

Solidaridad. Manifestantes, “primera línea” y brigadistas

La violencia desatada por parte de las fuerzas policiales desde el 18 de octubre de 2019 tiene pocos parangones en la historia. Es quizás comparable a la represión ejercida durante la dictadura cívico-militar (1973-1990). De hecho, durante las manifestaciones cotidianas en torno a Plaza de la Dignidad y en otras plazas, calles, barrios y parques, entre los cánticos más repetidos se podía escuchar comparaciones entre Piñera y Pinochet. La violencia policial en Plaza de la Dignidad implicó que todas las tardes y noches cayeran manifestantes heridos, mutilados, golpeados, producto de bombas lacrimógenas disparadas directo a los cuerpos, de escopetazos con balines de acero disparados a corta distancia apuntando a cuerpos y caras, de arremetidas de piquetes policiales a pie que

golpeaban a quien estuviera al alcance de sus bastones, manos o botas, o producto del chorro y el gas lacrimógeno de los vehículos blindados, del gas pimienta, y otros implementos que las fuerzas policiales usaban indiscriminadamente en contra de una población desarmada.

Las personas heridas podían ser manifestantes, “primera línea”, o incluso pasantes². En ese contexto, rápidamente comenzaron a organizarse diversas brigadas de voluntarias y voluntarios que prestaban auxilio a las y los manifestantes heridos producto de la violencia policial. Brigadistas de salud comenzaron a situarse de modo permanente en puntos estratégicos en torno a la Plaza de la Dignidad, con la finalidad de ayudar a personas que, por diversos motivos, requerían asistencia primaria urgente. Al menos ocho brigadas de salud funcionaron fijas durante los primeros meses de la revuelta³, y otros tantos grupos de brigadistas recorrían los alrededores, sobre todo durante las arremetidas policiales al ocaso de las jornadas de protesta.

El 20 de diciembre, aproximadamente a las 22:00 horas, ya de noche, nos encontrábamos en Portugal con Alameda varios grupos de manifestantes, luego de ser dispersados por una arremetida policial con carros, piquetes policiales a pie, e innumerables bombas lacrimógenas, muchas de ellas lanzadas directamente a nuestros cuerpos y caras. Esa tarde no vi, no obstante, disparos de escopeta con balines de acero. Yo me encontraba sacando fotos, mientras las fuerzas policiales avanzaban dispersándonos violentamente. En una esquina había una barricada grande y, a un costado de ella, la “primera línea” resistía como podía los embates policiales, con escudos artesanales, piedras y lo que encontrasen en los alrededores (ver figura 2).

² En un hecho paradigmático, una integrante de las fuerzas represoras, luego de su jornada laboral, resultó golpeada brutalmente por sus mismos colegas de fuerzas especiales (El Desconcierto, 2019).

³ Estas se situaban en el Teatro de la Universidad de Chile, en el Telepizza, en Alameda con Ramón Corvalán, en Vicuña Mackenna con Reñaca, en Pío Nono con Santa María (x2), en Santiago Bueras, y en el GAM.



Figura 2. Alameda con Portugal. “Primera línea” resistiendo con escudos y planchas artesanales los embates de la policía. A un costado, una barricada

Fuente: elaboración propia, 20 de diciembre de 2019.

La arremetida policial continuó, y nos tuvimos que dispersar de nuevo. Yo me fui con unos cien manifestantes por Portugal hacia el sur, nos quedamos a unos 150 metros, a la altura de los edificios de la Renovación San Borja, que rodeaban la Plaza El Pedregal. Allí, en algún momento apareció un carro lanzagases (zorrillo), seguido por un furgón policial, apodado “carnicero”, porque su táctica es colocarse cerca de grupos de manifestantes, desde donde salen corriendo sorpresivamente fuerzas policiales golpeando y, eventualmente, deteniendo a quien se les cruce. Mientras yo sacaba fotos del momento, sorpresivamente el “carnicero” aceleró y se detuvo a unos tres metros de distancia. Salí corriendo, subí las escaleras de la Plaza El Pedregal, me caí, me acurruqué esperando los golpes policiales, pero un muchacho, que no conocía, me ayudó a pararme porque “todavía no llegaban”. Volvimos a correr, pero ya era tarde. Tres funcionarios de fuerzas especiales habían salido del “carnicero” y nos habían alcanzado. Dos alcanzaron al muchacho que me ayudó, y lo golpearon brutalmente, dejándolo semiinconsciente. El tercero me alcanzó a mí mientras yo corría, golpeándome con su bastón repetidas veces en la cara, en los brazos, o donde pudiera. Me caí de nuevo, desorientado, y me siguió golpeando. En eso estaba cuando sus compañeros lo llamaron para llevarse al otro muchacho. Lo tomaron y lo comenzaron a arrastrar de brazos y piernas, pero él no reaccionaba, así que lo dejaron tirado en el piso y se fueron. Las fuerzas represivas aparecieron y se fueron sorpresivamente, como fantasmas macabros.

Cuando me levanté, desorientado, vi que entre varios manifestantes habían tomado al muchacho y lo llevaban hacia una brigada de salud que estaba apostada a un costado de uno de los edificios. Los brigadistas comenzaron a revisarlo, y a curarlo. Estaba viendo eso, cuando se me acercaron dos personas a preguntarme cómo estaba. Me dijeron que me habían visto cuando el policía me estaba pegando, y me dijeron que mi cara sangraba. Me acompañaron a la misma brigada de salud donde estaba el muchacho. Una brigadista, que estaba asistiendo a alguien con un chichón, me vio y dejó al otro de lado para comenzar a asistirme, aduciendo que mi situación era más complicada. Me di cuenta de que tenía heridas y golpes en varias zonas de mi cuerpo. Felizmente, el casco, las antiparras y la mascarilla, que había comenzado a utilizar esa misma semana, me habían salvado de algo peor, a diferencia del muchacho, que solo tenía una polera cubriéndole la cabeza, por lo que quedó mucho más maltratado. Luego de alrededor de 20 minutos de curaciones y asistencias varias, la brigadista me dijo que tenía que descansar y ponerme hielo en el pómulo, los hombros, brazos y piernas para bajar la hinchazón y el dolor. La brigadista no me preguntó nombre ni ningún dato personal. Simplemente me vio maltratado por las fuerzas policiales y me ayudó. Lo mismo con el otro muchacho.

En otra ocasión, ya como parte de una organización de defensores de derechos humanos, el 6 de marzo de 2020, estábamos iniciando nuestros recorridos en los alrededores de Plaza de la Dignidad. Nuestra labor en terreno era vigilar el actuar de las fuerzas policiales, registrar los excesos, revelar, elaborar informes analíticos, y apoyar con nuestros registros y relatos las denuncias sobre hechos sistemáticos de violencia policial. Pero esa tarde, como equipo, tuvimos que apoyar a la brigada de salud apostada en el teatro de la Universidad de Chile —a un costado de la Plaza de la Dignidad—, a trasladar a un herido por lacrimógena hacia el punto de salud ubicado en Pío Nono con Santa María, al otro lado del río. La persona que trasladamos había recibido el impacto de una lacrimógena directo en la frente, y tenía una herida abierta. Estaba inconsciente y sangraba mucho. Los brigadistas nos pidieron que les ayudáramos a trasladarlo, abriendo paso entre la multitud que se manifestaba. Nos costó, pues había muchos manifestantes, pero finalmente logramos abrir paso para que pasara la brigada con el manifestante en camilla. Esa noche, las fuerzas policiales hirieron a alguien con una bomba lacrimógena, quien falleció al día siguiente. Por un momento, pensamos que se trataba del muchacho que acompañamos, pero finalmente resultó ser otra la

víctima de la represión policial⁴. El manifestante que acompañamos logró sobrevivir.

En ambos casos, podemos ver que las brigadas, particularmente las brigadas de salud, se ponían a disposición de las y los manifestantes para ayudarles cuando así lo requerían. La mayoría de las veces se trataba de apaciguar el escozor provocado por los químicos tóxicos del carro lanzaaguas, del carro lanzagases, de las bombas lacrimógenas o del gas pimienta que lanzaban las fuerzas policiales de modo sistemático e indiscriminado, pero otras veces, su trabajo era de mayor urgencia y complejidad, como los casos relatados aquí. Con todo, se trata de un trabajo voluntario, sacrificado y riesgoso, pues las fuerzas policiales también los atacaban. Esta es solidaridad entre anónimos. No preguntaban nombre, dirección, ocupación, qué estaban haciendo, si eran “primera línea” o no, ni tampoco si habían lanzado objetos contundentes. Simplemente recibían y ayudaban a quien necesitara atención (ver figura 3).



Figura 3. Brigadistas de salud siendo atacados por el chorro del carro lanzaagua

Fuente: Bárbara (s. f.), www.barbybox.cl. Reproducida con autorización de la autora.

⁴ Se trata de Cristián Valdebenito (El Mostrador, 2020).

Complementariedad: todas las líneas de la “primera línea”

La revuelta de octubre de 2019 transformó una serie de fenómenos relacionados con la protesta, la movilización y la acción encapuchada —“primera línea”—. Si antes de esa fecha las manifestaciones eran prácticamente todas organizadas racionalmente, relacionadas principalmente a fechas significativas —8M, 1.º de mayo, 11 septiembre, 12 de octubre, entre otras— o a procesos de movilización sectoriales —estudiantes, trabajadoras/es, etc.—, y convocadas por organizaciones formales —que pedían permisos a las autoridades y encabezaban la marcha—, desde el inicio de la revuelta todo esto se desbordó por manifestaciones espontáneas que, cotidianamente, copaban las plazas, barrios, calles y, desde la primera semana de la revuelta, la Plaza de la Dignidad. La masividad ya no pudo ser conducida, dirigida ni controlada por ninguna organización tradicional. El descentramiento y autonomía eran las nuevas normas de la movilización.

En ese contexto, junto con la violencia sistemática de las fuerzas policiales, emergió la que con el tiempo se llamó la “primera línea”: aquellos que se enfrentaban directamente con las fuerzas policiales. Esa “primera línea”, que intentó ser definida como violentistas y terroristas por parte de la institucionalidad política, rápidamente adquirió una altísima legitimidad, no solo para los manifestantes, sino para la sociedad en general. Esa “primera línea” se conformaba por mujeres y hombres, mayoritariamente jóvenes y, dependiendo del día de manifestación, podía estar conformada por decenas, cientos, o incluso miles de personas. Se trata de una forma de resistencia descentrada, es decir, que en ella existían muchos grupos, algunos organizados previamente, otros que se conformaron durante las manifestaciones, otros que surgían en el momento, y aun individuos que se manifestaban autónoma y espontáneamente. Además, ningún grupo, formal o informal, puede arrogarse la representación de la multiplicidad de experiencias, luchas y demandas que conforman esa “primera línea”. No se trata de un grupo organizado con estrategias, tácticas, objetivos, sino más bien de multiplicidad de voluntades que convergen en el momento de manifestación, muchas de ellas espontáneas, otras más organizadas.

El fenómeno social caracterizado como “primera línea” adquirió una relevancia no solo social, sino también política y sociológica, lo que hizo que se comenzara a escribir sobre él desde las más diversas disciplinas, algunos incluso atreviéndose a caracterizar sus orígenes sociales, sus ideologías políticas, sus fraccionamientos, hasta el porcentaje de militancias políticas. Así también, otros escritos demandan dejar tranquila a la “primera línea”, para evitar que dichas descripciones ayuden a

las fuerzas policiales a reprimir mejor. Con todo, la “primera línea” es un fenómeno social, político y cultural relevante.

Más allá de todo, esa “primera línea” sí tiene cierta articulación interna, que se fue conformando a medida que las manifestaciones se tornaban cotidianas. Esta articulación adquirió un carácter de complementariedad interna entre las diversas “líneas” que se conformaron al interior de la “primera línea” en torno a Plaza de la Dignidad. Sobre esto, repito, se ha escrito suficiente. Aquí describo, en líneas generales, sus interacciones más relevantes, con el objetivo de dar cuenta de dicha complementariedad.

La primera línea de la “primera línea” la componen los escuderos. Se trata de aquellas y aquellos que se sitúan directamente frente al aparato represor, y que tienen por objetivo proteger a las líneas posteriores de los chorros del carro lanzaaguas y de las bombas lacrimógenas, de los balines de acero, y de todos los proyectiles que las fuerzas policiales lanzan contra los manifestantes. Su materialidad fundamental es, evidentemente, escudos, que muchas veces son solo planchas de material ligero —latones, madera prensada, tapas de barriles o antenas de TV— que disponen de modo de hacer frente a las fuerzas policiales. Algunos escudos están pintados con motivos de la revuelta, y los llevan los escuderos personalmente.

La segunda línea de la “primera línea” son los lanzadores. Ellas y ellos se sitúan tras los escuderos, avanzan protegidos por ellos, y son quienes lanzan objetos contundentes en contra de las fuerzas policiales, intentando contenerlas. Pueden lanzar dichos objetos con sus propias manos, o con hondas.

La tercera línea de la “primera línea” son los bomberos o “matalacris”. Ellas y ellos son quienes, premunidos de bidones llenos de una mezcla de agua con bicarbonato, corren hacia las bombas lacrimógenas que lanza la policía, las toman, y las meten en los bidones para apagarlas. Además de los bidones, deben tener guantes —las lacrimógenas están calientes—, antiparras y mascarilla, porque el gas es, evidentemente, tóxico.

La cuarta línea de la “primera línea” son los “picapedreros”. Ellas y ellos se sitúan más alejados del enfrentamiento, y se encargan de abastecer, mediante portadores, de objetos contundentes a la segunda línea (lanzadores). Se concentran en picar el suelo, los maceteros de concreto, las escalas y lo que sirva para mantener abastecidos a los lanzadores. Usan martillos, picas, o cualquier herramienta de este tipo (ver figura 4).



Figura 4. “Picapedreda” en frente a Plaza de la Dignidad, usando un martillo para abastecer a la segunda línea de la “primera línea”

Fuente: Bárbara (s. f.), reproducida con autorización de la autora (www.barbybox.cl).

Por último, la quinta línea de la “primera línea” la componen las y los manifestantes. Ellas y ellos apoyan, directa e indirectamente, en la conformación de este muro corporal de resistencia. Sea con láseres verdes apuntando hacia donde se encuentran las fuerzas policiales para entorpecer su visión, sea proporcionando agua y alimentos a las y los muchachos que ponen el cuerpo a la represión —se volvieron famosas las “lentejas combativas”—, o con su misma presencia, que avisa si las fuerzas policiales vienen a hacer una encerrona por la retaguardia, o que se impone entre las espaldas de la “primera línea” y el campo abierto; sus aportes son variados e importantes.

Como se puede observar, todas estas líneas de la “primera línea” se complementan, de un modo espacial, en los alrededores de la Plaza de la Dignidad, ocupando permanentemente un espacio que se torna espacio de resistencia, el cual articula múltiples interacciones insurgentes.

Análisis. Plaza de la Dignidad como contra-espacio insurgente

En este artículo me propuse comprender las dinámicas socio-espaciales que se produjeron en torno a la Plaza de la Dignidad, en el marco de la Revuelta de Octubre y en un contexto de movilización permanente, indagando en las relaciones entre interacciones insurgentes y la producción de un espacio de resistencia. Para ello, me basé en relatos de diversas experiencias en los alrededores de la plaza. El argumento quiere demostrar que dichas interacciones, ciudadanías y espacios públicos insurgentes (Holston, 2009; Hou, 2010; Lebuhn, 2019) pueden revelarse como espacios diferenciales —o contra-espacios— de acción y revuelta, reapropiados, resignificados (Hou y Knierben, 2017; Lefebvre, 2013[1974]; Magaña, 2016; Martínez, 2014; Oslender, 2002). En este sentido, los relatos de experiencias etnográficas demuestran que dichas interacciones, cuyas dimensiones de reciprocidad —defensa colectiva—, solidaridad —brigadistas— y complementariedad —todas las líneas de la “primera línea”— que se tornaron relevantes a la observación etnográfica, forjan un espacio —insurgente— de resistencia que, partiendo de prácticas corporales, materiales y espaciales concretas, simbolizan una crítica amplia a las formas de dominación en Chile.

La reciprocidad entre la “primera línea” y el conjunto de manifestantes se tornó por momentos clave para la continuidad de la movilización. Ellas y ellos formaban un escudo humano que frenaba, dilataba o incluso impedía el accionar violento de las fuerzas policiales, permitiendo una relativa tranquilidad en el espacio de manifestación durante algunas horas. Del mismo modo, la masividad de manifestantes permitía también un despliegue amplio de la “primera línea”, permitiendo copar y formar una barrera de contención en las vías por las que las fuerzas policiales arremetían contra quienes protestaban. La complementariedad entre diversas brigadas, particularmente aquellas de salud, que no solo asistían médicamente —con medios precarios— a manifestantes heridos, sino que incluso a veces se interponían entre las fuerzas policiales y la manifestación, también permitieron que la ocupación de este espacio diferencial de Plaza de la Dignidad se tornara relativamente estable y, con todos los riesgos, paradójicamente seguro y confiable. Finalmente, todas las líneas de la “primera línea” provocaron que el espacio de manifestación se tornara en un espacio de resistencia directamente contra las fuerzas policiales, e indirectamente, como dicen Dzenovska y Arenas (2012), como símbolo de una crítica amplia a las formas de gobernar y dominar. Esas líneas confluyen en el espacio de manifestación, y provocan una unidad compleja y multidimensional que ocupa y se apropia del espacio.

Las experiencias relatadas en las páginas anteriores muestran diversos tipos de interacciones que se han desplegado en torno a la Plaza de la Dignidad, en el contexto de una movilización que se tornó cotidiana. Los diversos actores e individuos comprometidos en estas interacciones articularon acciones que tenían como corolario la mantención de la ocupación de un espacio que es reapropiado y resignificado. Las tres dimensiones aquí relatadas —reciprocidad, complementariedad y solidaridad— confluyen en un espacio que es constitutivamente distinto al espacio dominante y abstracto previo a la revuelta.

La Plaza de la Dignidad, antes llamada Plaza Italia o Plaza Baquedano, era un lugar de tránsito, monumental, amplio, que era ocupado circunstancialmente en momentos de celebración, principalmente deportiva y eleccionaria. Cuando un equipo de fútbol salía campeón, sus hinchas celebraban en esa antigua Plaza Italia; cuando una presidenta/e salía electa/o, sus —cada vez menos— seguidoras/es celebraban en esa antigua Plaza Baquedano. Pero pasado el momento festivo, la plaza volvía a vaciarse, y volvía a su práctica cotidiana: el tránsito, un desarraigo fundamentalmente motorizado.

Desde el 18 de octubre de 2019, el tránsito por la Plaza Italia o Baquedano devino en ocupación permanente, festiva, contestataria e insurgente. Ese antiguo espacio, abstracto y dominante, que servía fundamentalmente para el desplazamiento, se tornó en un espacio diferencial, un espacio apropiado y de resistencia, un espacio público de resistencia sostenido por ciudadanías insurgentes que exigen dignidad.

Conclusiones

En este artículo quise mostrar cómo, a través de las dimensiones de reciprocidad, solidaridad y complementariedad desplegadas por una serie de interacciones insurgentes, el espacio social otrora dominado y abstracto, se transforma en un espacio social de resistencia e insurgente. Los relatos de las experiencias se basaron en un enfoque etnográfico, algunas fueron vividas y otras observadas de primera mano. Estas experiencias y observaciones dan cuenta de la relevancia de dichas sociabilidades, específicas y contingentes, que emergen durante las manifestaciones. Son esas interacciones que se producen y reproducen continuamente, las que generan ese espacio de resistencia —contra-espacio— que le cambió la cara, el nombre y su significación, a la ahora llamada Plaza de la Dignidad.

Si bien las tres dimensiones desarrolladas arriba dan cuenta de las interacciones insurgentes más significativas que producen un espacio de resistencia, es también

factible pensar en otras interacciones que apuntalarían aún más esta producción. En este sentido, de modo endógeno, se puede pensar en desarrollar con mayor profundidad los roles que han tenido otro tipo de organizaciones o iniciativas, como por ejemplo aquellas que apoyan y dan fuerzas a la “primera línea”, como las “lentejas combativas”, o el apoyo de las asambleas territoriales autoconvocadas, que proporcionan insumos médicos para las brigadas de salud o materiales para sostener la “primera línea” —guantes, antiparras, entre otros—, extendiendo ese espacio de resistencia más allá de la misma plaza. De modo exógeno, observar y analizar las interacciones y dinámicas violentas entre fuerzas policiales y manifestantes serviría también para apuntalar esta producción de contra-espacio. También, sería de interés observar y analizar cómo la pandemia del covid-19 ha reconfigurado espacialmente la movilización social, y cómo el contra-espacio producido por ella trasciende, o no, los sucesos actuales. Estas y otras dimensiones de producción de espacios de resistencia basadas en interacciones insurgentes pueden extender el presente análisis en futuras investigaciones.

Referencias

- Braudel, F. (1984 [1979]). *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII. Tomo I. Las estructuras de lo cotidiano: lo posible y lo imposible*. Alianza Editorial.
- Carrasco, G. (2020). 1979, Santiago año cero. La normativa de rasantes, el modelo japonés y la formación de la ciudad neoliberal. *ARQ (Santiago)*, 104, 52-69.
<https://scielo.conicyt.cl/pdf/arq/n104/0717-6996-arq-104-52.pdf>
- Castells, M. (1974 [1972]). *La cuestión urbana*. Siglo XXI.
- Clifford, J. (2003 [1988]). Sobre la autoridad etnográfica. En C. Reynoso (Comp.), *El surgimiento de la antropología posmoderna* (pp. 141-170). Gedisa.
- Colodro, J. (2014). Los espacios de resistencia urbanos y su multiplicidad en Europa y América Latina [Ponencia]. CONAMA2014, Congreso Nacional de Medio Ambiente, Madrid, España.
- Delgado, M. (2003). Naturalismo y realismo en etnografía urbana. Cuestiones metodológicas para una antropología de las calles. *Revista Colombiana de Antropología*, 39, 7-39.
<https://doi.org/10.22380/2539472X.1233>
- Delgado, M. (2004). Del movimiento a la movilización Espacio, ritual y conflicto en contextos urbanos. *Maguaré*, 18, 125-160.
<https://revistas.unal.edu.co/index.php/maguare/article/view/10936>
- Dzenovska, D. y Arenas, I. (2012). Don't Fence Me In: Barricade Sociality and Political Struggles in Mexico and Latvia. *Comparative Studies in Society and History*, 54(3), 644-678.
<https://doi.org/10.1017/S0010417512000266>

- El Desconcierto (2019, noviembre 8). INDH se querrela contra Carabineros por golpiza a funcionaria policial que regresaba a su hogar. <https://www.eldesconcierto.cl/nacional/2019/11/08/indh-se-querrela-contra-carabineros-por-golpiza-a-funcionaria-policial-que-regresaba-a-su-hogar.html>
- El Mostrador. (2020, marzo 7). Nueva víctima en Plaza de la Dignidad: confirman muerte de manifestante que según testigos fue impactado por lacrimógena de Carabineros. *El Mostrador*. <https://www.elmostrador.cl/noticias/pais/2020/03/07/nueva-victima-en-plaza-de-la-dignidad-confirman-muerte-de-manifestante-que-segun-testigos-fue-impactado-por-lacrimogena-de-carabineros/>
- Geertz, C. (1996). *Tras los hechos. Dos países, cuatro décadas y un antropólogo*. Paidós.
- Geertz, C. (2003 [1973]). *La interpretación de las culturas*. Gedisa.
- Guzmán, M. (2007). El espacio urbano y las relaciones sociales: una mirada a las teorías de Edward Soja. *Comunicación*, 16(2), 36-42. <https://hdl.handle.net/2238/4664>
- Hidalgo, R. y Janoschka, M. (Eds.). (2014). *La Ciudad Neoliberal. Gentrificación y exclusión en Santiago de Chile, Buenos Aires, Ciudad de México y Madrid*. Pontificia Universidad Católica de Chile y Universidad Autónoma de Madrid.
- Holston, J. (2009). Insurgent Citizenship in an Era of Global Urban Peripheries. *City & Society*, 21(2), 245-267. <https://doi.org/10.1111/j.1548-744X.2009.01024.x>
- Hou, J. (2010). (Not) your everyday public space. En J. Hou (Ed.), *Insurgent Public Space. Guerrilla Urbanism and the Remaking of Contemporary Cities* (pp. 1-18). Routledge.
- Hou J. y Knierbein, S. (2017). Shrinking democracy and urban resistance. Toward an emancipatory politics of public space. En J. Hou y S. Knierbein (Eds.), *City Unsilenced. Urban Resistance and Public Space in the Age of Shrinking Democracy* (pp. 3-16). Routledge.
- Kerfoot, A. (2015). Inequality, Organization, and Change in Chile: How Students Mobilized a Nation Around the Cause of Education Reform. *The Washington University International Review*, IV, 8-15.
- Lebuhn, H. (2019). Insurgent Citizenship. En A. Orum (Ed.), *The Wiley Blackwell Encyclopedia of Urban and Regional Studies*. Orum. <https://doi.org/10.1002/9781118568446.eurs0460>
- Lefebvre, H. (1968). *Le droit à la ville*. Anthropos.
- Lefebvre, H. (2013 [1974]). *La producción del espacio*. Capitán Swing.
- Magaña, M. (2016). Spaces of Resistance, Everyday Activism, and Belonging: Youth Reimagining and Reconfiguring the City in Oaxaca, Mexico. *The Journal of Latin American and Caribbean Anthropology*, 22(2), 215-234. <https://doi.org/10.1111/jlca.12218>
- Martínez, E. (2013). Introducción: Ciudad, espacio y cotidianeidad en el pensamiento de Henri Lefebvre. En H. Lefebvre, *La producción del espacio* (pp. 31-52). Capitán Swing.
- Martínez, E. (2014). Configuración urbana, hábitat y apropiación del espacio. *Scripta Nova* 18(493-33), 1-20. <https://revistes.ub.edu/index.php/ScriptaNova/article/view/15022>
- Medel, R. y Somma, N. (2016). ¿Marchas, ocupaciones o barricadas? Explorando los determinantes de las tácticas de la protesta en Chile. *Política y gobierno*, 23(1), 163-199. <http://www.scielo.org.mx/pdf/pyg/v23n1/1665-2037-pyg-23-01-00163.pdf>
- Nicolosi, E. (2020). Counterspaces against the odds? The production and emancipatory potential of alternative spaces. *Geoforum*, 108, 59-69. <https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2019.11.016>

- Orellana, N. (2020). Performance, ritual y movilización social. Primero de mayo y acción encapuchada en Santiago. *Izquierdas*, 49, 1912-1932. <https://www.scielo.cl/pdf/izquierdas/v49/0718-5049-izquierdas-49-95.pdf>
- Oslender, U. (2002). Espacio, lugar y movimientos sociales: hacia una “espacialidad de resistencia”. *Scripta Nova*, 6(115). <http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-115.htm>
- Ramos, T. (2014). Representaciones sociales de manifestantes sobre la interacción con Carabineros de Chile en las manifestaciones. Hacia una teoría fundada. *Revista Némesis*, (11), 31-44. <https://boletinfilologia.uchile.cl/index.php/RN/article/view/66244>
- Restrepo, E. (2018). *Etnografía. Alcances, técnicas y éticas*. Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Rodríguez, A. y Rodríguez, P. (2012). Santiago, una ciudad neoliberal. *Questiones Urbano Regionales*, 1(1), 101-126. <http://hdl.handle.net/10469/6377>
- Soja, E. (2010 [1999]). Tercer Espacio: extendiendo el alcance de la imaginación geográfica. En N. Benach y A. Albet (Eds.), *Edward W. Soja. La perspectiva postmoderna de un geógrafo radical* (pp. 181-209). Icaria.
- Somma, N. (2017). Protestas y conflictos en el Chile contemporáneo: quince tesis para la discusión. En R. Araya y F. Ceballos (Eds.), *Conflictos, controversias y disyuntivas* (pp. 37-86). Ediciones Abierta.
- Vargas, R. (2020). La implosión de la ciudad neoliberal. *Pléyade*, (n. esp.), 65-71. http://www.fundacioncrea.cl/wp-content/uploads/2020/09/La_implosion_de_la_ciudad_neoliberal.pdf
- Verd, J. y Lozares, C. (2016). *Introducción a la investigación cualitativa. Fases, métodos y técnicas*. Síntesis.
- Wirth, L. (1938). Urbanism as a way of life. *American Journal of Sociology*, XLIV(1), 1-24. <https://doi.org/10.1086/217913>